

¿Coqueta? Sí, claro... Otra vez iba a ser carne succulenta para el hambre de murmuración de estas gentes. Ya estaba viendo rodar la noticia de boca en boca, aderezada con cada vez más picantes comentarios.

—Blanca, ¿sabéis?... Blanca ha reñido con su novio. El quinto o el sexto quizá...

Sus amigas se harían las escandalizadas.

—¡Cómo! ¿Otra vez?

Y Pilar, la más íntima de todas, y, por lo mismo, la más peligrosa, diría:

—¿De qué os extrañáis? En todo caso, debiera ser de que no haya reñido antes. Por lo menos, esta vez el novio ha durado más que una camisa...

Se encogió de hombros, bravamente. ¡Psé!...

¿Qué le importaban estas amigas falsas y el pueblo y todo el mundo y lo que pudiese pensar nadie, si nadie era capaz de comprenderla? Su alma era suya solamente y solamente suyo el corazón, este corazón que cabía en la palma de la mano y era, sin embargo, capaz de dar cabida a lo infinito.

Todavía, en gesto orgulloso de reto, se irguió ante el espejo. Bonita, esbelta, llena de esa euritmia interior que Madame Elinor Glyn¹²² —ojos ardientes, alma depravada— había llamado, sintéticamente, “it”¹²³. Definitivamente perfecta. Junco y palmera, al mismo tiempo; con un poco de felino tal vez, en los ojos acerados, en los dedos largos y puntiagudos...

¹²² Vid. el índice de nombres, pág. 278. La inclusión de esta novelista en el escenario de este relato aporta información clave sobre Blanca. Glyn contribuyó a crear ese personaje de la mujer fatal que vive fuera de las convenciones sociales, por lo que la sociedad la aísla al tiempo que la admira, ya que parece tomar sus propias decisiones.

¹²³ Elinor Glyn acuñó el uso de *it*, ‘eso’ en español, para referirse a la sexualidad de la mujer nueva, o la *flapper*, que describió tanto en sus aspectos físicos como psicológicos. Su definición de ‘it’ incorporaba cualidades intelectuales y físicas, implicaba la capacidad de atraer a otras personas con una forma de ser radiante y plena, y que no se dejaba influenciar. En el mundo animal, decía Glyn, se encuentra en tigres y gatos.



—El quinto o el sexto, quizás...

Sí, como pudo haber sido el décimo o el centésimo. Para Blanca —veinte años, primavera germinal— no era cuestión de número. Ni siquiera de nombre. Ni mucho menos de coquetería. Era pura y simplemente cuestión de temperamento. Emoción e inquietud; un ansia constante de renovar los paisajes del alma...

Así era, así había sido siempre. Curiosa de los matices de la Vida, a ellos plegaba sus sentimientos. Poliformes, cambiantes, como las ondas. Lo que quiso por la mañana, la hastió a la tarde. Un día, llevó incrustado en la maciza mata del pelo un capullo de rosa: al día siguiente, prefirió un rosario de *sampaguitas*, colgado del cuello. Amó sucesivamente los claveles, las dalias, las violetas...

El amor era, simplemente, un sentimiento; una flor más.

Federico, Enrique, Gabriel... Rosas, *sampaguitas*, claveles...

Nombres y flores; todo era igual.

¿Coqueta? ¡Qué sabían estas gentes de lo que ella sentía!

Todo le hablaba de movilidad: el rayo solar, la brisa fugitiva, la giba ondulante de la ola. No comprendía la belleza inmóvil, porque en ella hay siempre algo que recuerda la vejez y la muerte. Y ella tenía veinte años —primavera germinal— y ella amaba la Vida.

¿Por qué se iba a estancar en un amor único que la ataría, como un clavo absurdo, a una fidelidad enemiga de toda renovación?



Tocó una rapsodia, una marcha, un *fox-trot*...

—Tú siempre enamorada del ruido... —dijo Pilar.

—Mucha fuerza, como siempre, en los dedos... —dijo Beatriz.

—Pedal, mucho pedal... Debes sentir cosquilleos en los pies... —dijo Soledad.

Blanca sentía asco en su interior. De todas, de todo. El miasma de

la murmuración, arrastrándose a ras de tierra, la envolvía, la ahogaba. Tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no declararse vencida. Al principio, el miasma se estancaba en las callejuelas, en las esquinas, en los almacenes propicios a toda clase de historias. Pero, más tarde, fue cobrando osadía e invadió el atrio de la iglesia, hasta la intimidad de los hogares. Y hoy había subido a su misma casa disfrazada de amistad. Pilar, Soledad, Beatriz...

Pero estaba ella preparada y suya fue la primera batalla. En cuanto las sintió en la calle, fue corriendo a su tocador. Se empolvó bien, se brillantó los ojos, se mordió, hasta sangrarse, los labios para darles color y vida. Se envolvió en un peinador de seda rosa porque el rosa le sentaba a maravilla.

Se abrieron en elocuente sorpresa los ojos de las tres. Esperarían encontrarla toda vencida por el dolor y se la encontraban mil veces más hermosa. Ella no les dio tiempo para inquirir: les habló de todo, de cualquier cosa, con una ruidosa fanfarria de risas y de gestos. Y luego, ante el susto general, se puso al piano.

Si bien, al principio, las tres demostraron cierta expectación. Al fin, quizás... La música es siempre traicionera para el estado del alma. Por mucho que fuese el disimulo, era posible que se le escapase la angustia con esta complicidad del piano.

Pero volvió a triunfar. Con pulso seguro, sin una vacilación, sin un tremor en los dedos, jugueteó con las teclas. Por un momento, su alma se acopló con el alma de Wagner...

—Mujer, tócanos algo sentimental —insistió al fin Pilar.

—Eso es —recogió Beatriz—. Un vals de Chopin...

—Siquiera una danza, un *kundiman*...¹²⁴ —terció Soledad.

Ella se rió y brillaron, como relámpagos, los dientes.

—Vales de Chopin... cosas sentimentales. Los desprecio. Para mí sólo tienen un sentido negativo. En cambio esto...

¹²⁴ Nick Deocampo dice que en aquellos años el *kundiman* era como el melodrama del cine en su expresión musical, pág. 493.

Giró sobre su asiento y sus dedos, al abrirse sobre el teclado, tuvieron perfil de garras. La armonía, desbordante, parecía agua tumultuosa que fuese escurriéndose, en cascadas, entre los dedos.

—Esto es una afirmación: el amor, la gloria, la vida...

—Blanca —no pudo contenerse Pilar—. Parece mentira; después de aquello...

—Sí, de aquello —hizo como un eco Beatriz.

—De a-q-u-e-l-l-o... —subrayó Soledad.

Las afrontó de una vez. Bravía, erguida, transfigurada. El felino, al fin, doblado en arco el cuerpo, como para dar el salto del zarpazo.

—¡Aquello, aquello, aquello!... ¿Por qué no habláis alto y claro? Mi rompimiento con el novio, el sexto o el centésimo quizás... Querríais verme, igual que una rama descujada, después del huracán. Igual más bien que un monigote que se hubiese soltado del resorte. Echada sobre la cama, con los ojos saltando de las órbitas, a fuerza de llorar; quizás pensando en la paz de un convento, para buscar la quietud...

Se levantó, toda nervios tensos, y las tres, asustadas, se apretaron las unas a las otras. Pero Blanca se dirigió a la ventana que, al impulso de sus manos, se abrió toda con sordo fragor.

—¡Y no veis esto, esto, e-s-t-o!...

Fue un desbordamiento de claridad. Desde lo alto, desde el horizonte, desde los techos, los árboles, las cosas, se desprendió un deslumbramiento blanco, lleno de ritmo, lleno de movimiento, que tenía algo de hoguera y algo de incendio, que palpitaba y vibraba. Al trasluz ahora, Blanca no era más que líneas luminosas, con la cabellera crespa sembrada de leve polvillo de oro...

Cegadas, gritaron las tres:

—Cierra, cierra que no vemos...

IV

¡No veían, no veían!...

¿Qué culpa tenía ella? ¿Por qué iba ella a sufrir por la ceguera de los demás? ¿Por qué se iba ella a ahogar en el miasma de esta murmuración general?

Se irguió, con gesto orgulloso, ante el espejo. Definitivamente perfecta: toda hembra, desde los ojos llenos de puntitos de luz, hasta los talones breves, rojos como rosas abiertas. Luego, extendió los brazos, en cruz, de cara a la ventana desbordante de claridad. La sorbió, glotonamente, con las pupilas, con los labios temblantes, con el busto blanco como leche cuajada.

Tontas, tontas las mujeres que no comprendían esto: más que tontas, infelices, que no sabían que la Vida está en la renovación...